

---

---

1861

La expedición á la China.

**Al capitán Butler.**

Hauteville-House 25 Noviembre 1861.

Quereis saber la opinion respecto á la expedición de la China; la encontráis honrosa y grata y me honrais queriendo conocer mi dictámen antes de emprenderla; creéis que la expedición á la China, cobijada bajo el doble pabellon de la reina Victoria y del emperador Bonaparte, producirá una gloria que debe dividirse entre Francia é Inglaterra, y deseáis saber la cantidad de aprobacion que concedo á la victoria inglesa y francesa.

Os lo voy á decir.

Hubo en un rincon del mundo una maravilla que se llamaba el Palacio de Verano. Al arte dominan dos principios: el de la idea, que produce el arte europeo, y el de la quimera, que produce el arte oriental. El Palacio de Verano era al arte quimérico lo que el Parthenon al arte ideal. Todo cuanto puede producir la imaginacion de un pueblo casi extrahumano se encontraba en el palacio; no era, como el Parthenon, una obra rara y única; era una especie de modelo de la quimera, si es posible que la quimera tenga modelo. Imaginaos una construccion inexplicable, un edificio lunar, y tendreis una idea vaga de lo que era el Palacio de Verano. Edificad soñando un edificio con mármol, jaspe, bronce y porcelana, dándole el esqueleto de madera de cedro; cubridle de pedrería y de seda; construid en una parte de él un santuario, en otra un harén y en otra una ciudadela; poned allí dioses y

mónstruos; barnizadle, esmaltadle, doradle; que os construyan en él arquitectos que al mismo tiempo sean poetas los mil sueños de las mil y una noches; añadidle despues jardines, fuentes, cisnes, pavos reales; imaginaos, en una palabra, una especie de deslumbradora caverna de la fantasía humana, que tenga al mismo tiempo figura de templo y de palacio, y conseguireis presentaros á ese monumento. Para crearle se necesitó el enorme trabajo de dos generaciones. Ese edificio, grande como una ciudad, lo edificaron los siglos haciendo trabajar á pueblos enteros. Los artistas, los poetas y los filósofos conocian el Palacio de Verano. Voltaire habla de él. Antiguamente se contaban como edificios maravillas el Parthenon en Grecia, las pirámides en Egipto, el Coliseo en Roma, Nuestra Señora en Paris y el Palacio de Verano en Oriente. El que no lo veia lo soñaba. Era una especie de temible obra magistral, desconocida, entrevista en lontananza en un crepúsculo, como una silueta de la civilizacion de Asia en el horizonte de la civilizacion europea.

Pues bien, esa maravilla ha desaparecido.

Un dia entraron dos bandidos en el Palacio de Verano: el uno lo saqueó y el otro lo incendió; lo devastaron para repartirse las riquezas entre los dos. Quizás los tesoros de nuestras catedrales juntas no valdrian tanto como el espléndido museo del Oriente. Allí no solo habia obras magistrales de arte, sino que estaban amontonadas un sinnúmero de riquezas de orfebrería. Uno de los dos bandidos se llenó los bolsillos y el otro llenó cofres, y los dos se volvieron á

Europa muy satisfechos y muy alegres. Los europeos somos los hombres civilizados, y para nosotros los chinos son bárbaros. Pues hé aquí la salvajada que la civilización hizo á la barbarie.

Ante la historia, uno de los dos bandidos se llama Francia y el otro se llama Inglaterra. Pero protesto, y os doy las gracias porque me habeis ofrecido la ocasión de protestar, de que los crímenes de los gobiernos no deben atribuirse á los gobernados; los gobiernos son algunas veces bandidos, pero los pueblos nunca lo son.

El imperio francés se ha embolsado la mitad de la victoria que os acabo de referir, y ostenta hoy con la vanagloria de propietario el espléndido baratillo del Palacio de Verano. Tengo la esperanza de que llegue un día en que la Francia, libre y limpia, devuelva ese botín que robó á la China.

Entre tanto, bueno es hacer constar que existe un robo y dos ladrones.

Tal es la cantidad de aprobación que concedo á la expedición de la China.

VÍCTOR HUGO.

1862

Barbés á Víctor Hugo.—Continuación de la lucha en pro de la inviolabilidad de la vida humana; en Bélgica y en Suiza contra la pena de muerte, en Francia contra la tortura. Charleroi.—Ginebra.—Asunto Doise.—Los Miserables.—Establecimiento de la comida de los niños pobres.

I.

Los condenados de Charleroi.

Algunos periódicos belgas atribuyeron á Víctor Hugo unos versos dirigidos al rey de Bélgica, en los que se pedía el indulto para nueve sentenciados á muerte en Charleroi; con este motivo escribió Víctor Hugo la siguiente carta:

“Hauteville-House 21 Enero 1862.

Vivo en el retiro, sobre todo desde hace dos meses, que un trabajo apremiante me absorbe, hasta el punto de no saber nada de lo que sucede en el mundo.

Hoy me ha traído un amigo muchos periódicos, que contienen preciosos versos, en los que se pide que sean indultados nueve sentenciados á muerte; debajo de esos versos ví mi firma.

No soy el autor de esos versos, pero al que los ha escrito le doy las gracias. Cuando se trata de salvar la vida de algun hombre, consiento que se use y hasta que se abuse de mi firma; inútil me parece añadir que, tratándose de ese asunto, no lo tomo por un abuso. En esta ocasión el fin justifica los medios.

Permitame el autor que le alabe, porque, repito, encuentro magníficos los versos. Además de celebrarlos, deseo que me haga conocer el lamentable suceso de Charleroi.

Me parece que esos versos son un llamamiento, un modo como otro cualquiera de invitarme á que escriba con este

motivo, recordándome los esfuerzos que otras veces hice en circunstancias análogas.

Si es un llamamiento, responderé á él, uniéndome al autor de los versos para ver si conseguimos evitar que caigan nueve cabezas en el patíbulo de Bélgica. El autor de los versos se dirige al rey, pero yo voy á dirigirme á la nación.

El asunto de Hainant es para la Bélgica, bajo el punto de vista del progreso, una de las ocasiones de las que los pueblos salen empequeñecidos ó engrandecidos.

Suplico á la nación belga que elija esto último. De ella depende que la repugnante guillotina no funcione en la plaza pública. Ningun gobierno puede resistir las santas presiones que tienen por objeto la misericordia. Rechazar el patíbulo debe ser la voluntad manifiesta del pueblo. Dícese “que lo que el pueblo quiere lo quiere Dios”. De vosotros, belgas, depende que se diga al revés, esto es: “Lo que Dios quiere lo quiere el pueblo.”

Atravesamos en estos instantes la hora peor del siglo diez y nueve. Aparentemente, de diez años á esta parte ha habido un retroceso de civilización; Venecia arrastra cadenas, la Hungría está agarrotada y á la Polonia la dan tormento; en todas partes se aplica la pena de muerte. La pena de muerte está elevada á la dignidad de *ultima ratio*. Las razas, los partidos se le arrojan á la cabeza, sirviéndose de ella como de una réplica. Los blancos la utilizan contra los